

Antonio Colino: IN MEMORIAM

Hace veinte días falleció, a los 93 años, nuestro compañero don Antonio Colino López. De acuerdo con el escalafón de antigüedad académica, el primero en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y el segundo en la Real Academia Española. Setecientas asistencias registradas en la de Ciencias y más de dos mil en la Española certifican su pasión académica. Un académico ejemplar.

No fue un conjunto de trabajos, puestos, honores y cargos. Ni en modo alguno lo que la lista de sus títulos y éxitos haría pensar: no fue un «personaje». Fue algo bien distinto: una «persona». La misma persona que encontré en la Real Academia de Ciencias hace veinticinco años, cuando respaldó mi candidatura a una medalla en la RAC. Veinte años después, volvió a distinguirme con su amistad reiterándome su apoyo, esta vez, para la Real Academia Española. Pasión científica, avidez, entusiasmo, afán de saber, curiosidad, complacencia, ingenuidad. «Ingenuo»?: sin doblez.

La primera cita de Antonio Colino con el mundo Académico data del año 1949; la Revista de la Real Academia de Ciencias publicó «Un estudio de la excitación de ondas». «La pequeña investigación que se realiza...» son las palabras que empiezan el trabajo. Más adelante, tres cursos, los correspondientes a los años 1953 a 1955, de la Cátedra Conde de Cartagena de la Real Academia de Ciencias, dedicados a la «Teoría moderna de los campos electromagnéticos», que plasmó en otros tantos números de las Memorias académicas, y que concluyeron en su elección como Académico numerario. Fue presentado por José Antonio de Artigas Sanz, José María Otero Navascués y Manuel Lora Tamayo, para cubrir la vacante de Enrique de Rafael Verhulst, medalla número 25, adscrita a la Sección de Ciencias Físico-Químicas. Tomó posesión el día tres de junio de 1959. Tituló su discurso de recepción «¿Qué es la materia? Dudas y conjeturas de un físico».

Presentado en la Real Academia Española por Carlos Martínez de Campos, Pedro Laín y Julián Marías, para ocupar la vacante producida por el fallecimiento de Julio Palacios Martínez. Elegido el día 14 de mayo de 1970; tomó posesión del sillón «g» el día 23 de enero del año 1972. A su discurso de ingreso, «Ciencia y lenguaje» —Nunca el Hombre ha necesitado tanto de conocerse a sí mismo, concluyó—, contestó Julián Marías.

Sirva de muestra de su talante, que habiendo sido nombrado Director adjunto a la Presidencia de la Empresa Nacional del Uranio S. A., declaró como segunda actividad la pertenencia de Académico de número de las Reales Academias de Ciencias y Española de la Lengua. El Presidente de Enusa, refrendado por el Subsecretario del Ministerio de Industria y Energía, resolvió declarar la compatibilidad de la actividad secundaria declarada por D. Antonio Colino López. (1984)

Ofreció, en nombre de la Real Academia de Ciencias, la Medalla Echegaray, la mayor distinción que otorga la Real Academia y que ha administrado «con verdadera avaricia, como si temiese que el oro puro de su símbolo pudiera desvalorizarse con su profusión», a José María Otero Navascués, en el año 1975, y a José García Santesmases, en el año 1979. La duodécima y la decimotercera, respectivamente, desde su instauración en el año 1907. Había colaborado en el homenaje a Obdulio Fernández, undécima Medalla, como luego lo haría en el rendido a Manuel Lora-Tamayo.

Contestó a los discursos de recepción de Armando Durán Miranda (1975) en la Real Academia de Ciencias y al de Ángel Martín Municio (1984) en la Española, que le designaría para representarla en el «Primer Congreso Latinoamericano de las Ciencias y la Tecnología», que tuvo lugar en La Habana en el mes de junio de 1985; y en los homenajes a la propia Academia Española y a *El Brocense* celebrados en el año 1990.

En la Real Academia de Ciencias desempeñó la vicesecretaría durante el sexenio 1968-1974. En la Real Academia Española trabajó especialmente en la Comisión de Vocabulario Científico y Técnico, de la que fue impulsor, partícipe y guía desde su incorporación en el año 1994, y en la Delegada del Pleno y para el *Diccionario*, desde el año 1996. En una y otra era, sin discusión el más activo; una postura que se enraizaba en un alto sentido institucional y en el amor que profesaba a la Academia; tanto, que este acto es, casi, continuación del pleno que acabamos de levantar. Se preocupaba por todo cuanto ella se relacionaba. Fue Tesorero (1986-1992) en años difíciles y en todas las decisiones delicadas o problemáticas —esas que nunca faltan en cualquier institución—. Antonio Colino fue siempre referente de equilibrio, de moderación, de buen consejo. Valga de muestra su ponencia para el «II Congreso Iberoamericano de Periodismo Científico»; en relación con las Comisiones de Vocabulario Científico de las Reales Academia de Ciencias y Española, y celebrado en Madrid en el mes de marzo de 1977.

El día 24 de octubre de 2001 entregó una carta en la Secretaría de la Real Academia de Ciencias. «Querido Presidente y amigo: Me he ido dando cuenta de que cada vez voy siendo de menos utilidad en las tareas de nuestra Academia y, con una gran pena, solicito pasar a la situación de académico supernumerario». Treinta y siete años antes (1964) dictó, en aquella Academia, el Discurso inaugural del Curso académico: «El Universo: Notas de un aprendiz de Cosmología». Aprendiz, dudas, pequeña investigación...; un hombre sabio, y, como tal, modesto. Un gran señor, el perfecto caballero. La vida de una estrella, las dos ventanas al universo y la encrucijada de la cosmología y de la física, jalonaron aquel discurso que concluyó, recordando desde su devoción alejada del gazofilacio, que «los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras en su poder». Que Él le acoja en su seno. Nos cumple, hoy, dejar constancia del dolor profundo de las Academias por su pérdida, y de nuestra gratitud por cuanto por ellas hizo. Son los sentimientos que debemos transmitir a su familia.

Paz y Bien.

Pedro R. García Barreno